

de algún importante. Sin embargo, piensa el autor, la lista es lo bastante ambigua para que sea preferible estar incluido en ella que excluido. Por esta razón firma sin titubear al pie de un contrato que le lleva un mensajero cuatro días después. Es un original y cuatro copias. El autor firma por sí mismo y, por el gobierno, el subsecretario de Cultura y el Director de Bellas Artes. Los espacios en donde estos dos últimos van a firmar están vacíos, nomás aparecen sus nombres. El mensajero se lleva los cinco tantos del contrato.

Y allí probablemente se acaba

la historia. Tres días después de la firma, el autor lee en el periódico una mala noticia: el Subsecretario de Cultura, que iba a firmar el contrato, ha sido nombrado Embajador de México en la UNESCO. Pasan una, dos, tres, cuarto, cinco, seis, siete semanas... y al llegar el último día del año, el autor hace la siguiente reflexión:

"Esta segunda aventura de la dramaturgia subvencionada, fue menos traumática que la primera, pero más estéril y exactamente igual de innecesaria y de ridícula." <

[VUELTA NÚM. 27, 1978]

## HISTORIA DE UNA CENSURA\*

JORGE EDWARDS



A la distancia, después de lo que podría llamarse su primera etapa, creo que este libro es uno de los más censurados de los últimos años. Acumuló censuras oficiales y extraoficiales, explícitas y tácitas, arrogantes y vergonzantes. Sin excluir, desde luego, la más curiosa variedad de acusaciones al autor. El chaparrón permitirá confeccionar una lista de sinónimos y palabras afines: inoportuno, indiscreto, deslenguado, frívolo, vanidoso, feminoide, agente pagado de la CIA, servidor "objetivo" de la CIA, burgués, pe-

\* Prólogo a la edición de *Persona non grata*, de Jorge Edwards, publicada por la Editorial Seix Barral y en la que se ofreció por primera vez el manuscrito original y completo de este libro.

queño burgués, diplomático mediocre, escritor inexistente.

En Chile careció de permiso de circulación, eufemismo con que se denomina la censura, comadrona de abortos literarios, hasta el mes de julio de 1978. Antes de esa fecha se leyó bajo cuerda, sin excesivo disimulo, y hasta se comentó con profusión y con parcialidad en los periódicos. Hubo una edición pirata, impresa en Valparaíso, del capítulo sobre la visita oficial a Cuba del Buque Escuela "Esmeralda" de la Armada chilena. El capítulo se publicó expurgado, pero conservó el título de vals amable que le di en la primera edición: "Sobre las olas". Ahora, decidido a seguir el manuscrito original, he suprimido títulos y subtítulos.

En Cuba no fue necesario

prohibirlo. Pertenece a una especie de libros prohibida por definición, contaminada por una forma de inexistencia. Allá se ha llegado al extremo de editar para cubrir las apariencias internacionales, como en el caso de *Paradiso*, de José Lezama Lima, y de *Fuera de juego*, de Heberto Padilla, pero esos libros nunca tuvieron una circulación normal. Algo semejante ocurrió en una época en la Unión Soviética. Por ejemplo, con los cuentos de Isaac Babel, editados en diez mil ejemplares y agotados en pocos minutos.

Son sutilezas del llamado "socialismo real". Nosotros, los chilenos, provincianos que somos, habitantes de una faja remota de tierra, prohibimos un libro editado en el país y éste llega de inmediato, por arte de magia, a los pocos lectores que todavía quedan.

Los cubanos hacen exactamente lo contrario. Muestran una obra disidente a los invitados extranjeros. Se la dejan en el velador, como dejan la biblia en los hoteles puritanos de América y Europa del Norte. Apenas se han ido las visitas, tapan la obra con un sombrero de copa, después levantan el sombrero, y el libro desaparece hasta de la memoria de los disciplinados lectores. Sólo se lo podrá encontrar en las mesas inaccesibles de los cardenales de la iglesia nueva, junto a otros bienes que también se han convertido en humo, fuera de aquellas mesas privilegiadas, gracias a la aplicación milagrosa de la teoría.

Un ex dirigente de la Unidad Popular chilena, en su viajado exilio, tuvo la oportunidad de asomarse a uno de los lugares misteriosos donde construye el futuro el Líder Máximo. Se habló extensamente de Chile. En medio de la conversación, la mirada del dirigente y la del Líder Máximo convergieron sobre un ejemplar de *Persona non grata*, que es-

taba encima del escritorio y que tenía papeles blancos entre las páginas. "Estos libros, naturalmente, yo no los leo", dijo el Comandante en jefe, con un gesto que lo cancelaba de una plumada. ¡Naturalmente!

En Barcelona, hace algunos años, un par de amigos polacos, conectados con el gobierno de Varsovia, me hizo una visita especial. Sentados en un mesón de las ramblas, frente a un despliegue de "tapas" succulentas, que suscitaban exclamaciones de sospechoso entusiasmo, dijeron: "Tú no has escrito nada que nosotros no supiéramos de antemano. Te has limitado a mostrar, como en la fábula, que el rey andaba desnudo. A nosotros nos gustaría mucho poder traducir tu libro, pero habría que cortarles los párrafos subjetivos..."

"¡Cómo!" exclamé: "¡Si es un texto autobiográfico! ¡Todo, desde la primera línea hasta la última, es subjetividad pura, deliberada y descarada subjetividad! ¡El libro entero se plantea en ese terreno!"

Mis amigos de Varsovia, experimentados en estas lides, sonrieron. Si la situación mejoraba en su país, harían un esfuerzo para publicarlo. La situación, en lugar de mejorar, empeoró muchísimo, como todos saben, y yo me limito a recordar aquella tarde de primavera en las ramblas, esperando que mis amigos sigan con buena salud.

La reacción de los editores occidentales también tuvo aspectos interesantes. Uno de ellos, muy conocido en Alemania Federal, rechazó el libro antes de recibirlo. Fue un rechazo de una celeridad insólita. El editor, oportunamente, había sido informado de que la publicación sería "inoportuna". Sus exploradores barceloneses, sus "scouts", para utilizar la terminología de la profesión, estaban haciendo méritos. En ese final de

1973, sólo era lícito hablar de la represión en Chile. Todo intento de comprender lo que había sucedido, a partir de antecedentes más complejos y más completos, provocaba irritación en las buenas conciencias. Se practicaba, con bombos y platillos, la indignación unilateral: moral hemipléjica, paralizada del costado izquierdo. Un crítico chileno hostilizado en la universidad de los tiempos de Allende; acusado de tibieza; falto de militancia; expulsado, finalmente, a patadas, con ayuda de un plumario termocéfalo de brillante trayectoria posterior, tuvo que organizar su salida a universidades norteamericanas. En esto último, como se demostraría más tarde irónicamente, el crítico no se diferenció de sus detractores. Pues bien, se preparó para salir el once de septiembre, el fatídico 11 de septiembre de 1973, y los acontecimientos de ese día lo obligaron a postergar el viaje un par de semanas.

En el aeropuerto del Norte lo esperaba una selva de micrófonos. Se presumía que era uno de los primeros escapados del largo campo de concentración en que se había convertido Chile. El profesor y crítico abrió la boca y los periodistas, perplejos, recogieron sus bártulos. Ahora regresó al país y hace clases en institutos privados de provincia. Enseña materias como redacción comercial y comportamiento en los cocteles. La universidad nueva, bajo régimen de intervención militar y de presupuesto equilibrado, tampoco lo recibe. Él, después de su contradictoria experiencia, cerró la boca y sigue sin abrirla.

Enrico Filippini, que era director literario de la editorial Bompiani, me recibió en Milán, en octubre de 1974, con motivo de la salida de la traducción italiana. Un grupo comunista de Pavía le había pedido una conferencia sobre Pablo Neruda y él había

sugerido mi nombre. Cuando llegué a Milán, acababa de enviar mi curriculum a Pavía. De pronto sonó el teléfono. Los de Pavía, con habilidad florentina, declaraban que estaban desolados. No habían reparado, distraídos, en que la conferencia coincidía con el día de San Francisco. Sucedió que la tradición de ese aniversario impedía celebrar actos públicos. El santo había sido persona modesta, casi selvática. La conferencia, por consiguiente, debería realizarse en una pequeña escuela. Ellos pedían disculpas anticipadas, y me esperaban con los brazos abiertos.

Filippini fue partidario de ir. Yo, autor disciplinado, acepté. La charla tuvo lugar en una sala íntima. Todas las sillas estaban ocupadas por abnegados militantes del P. C. de Pavía: matronas gordas y hombres robustos, de caras impávidas, que después, en recompensa, me invitaron a beber un whisky en un cabaret, lugar calculado para narradores frívolo. En esos días, Enrico Berlinguer había estudiado el fracaso de Allende y había desarrollado la tesis del "compromiso histórico". Como puede apreciar el lector, los militantes de Pavía asimilaron la tesis con eficacia admirable: ni cortos ni perezosos, unieron el aniversario del pobrecillo de Assís a la praxis revolucionaria.

Para ser justo, debo reconocer que la censura fue ejercida primero por el propio autor, es decir, por sí mismo. No escapé del mecanismo infernal de la autocensura y no me sorprendí con los innumerables censores que me salieron al paso. Aplicaban la misma medicina que yo había aplicado en el pasado, como néfito de la izquierda, al testimonio de André Gide, en su regreso de la URSS, o al de Guillermo Cabrera Infante, en sus despedidas habaneras. Mi libro, en consecuencia, pertenece al género con-

fesional en el sentido más estricto de la palabra: acto de confesión y acto de contrición.

Para explicar esta edición, que será, espero, la definitiva, tengo que narrar la historia de mi propia censura. Escrito a la salida de Cuba, entre abril de 1971 y abril de 1972, en el primer año de gobierno de Salvador Allende, después de cumplir a tropezones la misión de abrir la embajada de Chile en La Habana, mientras desempeñaba en París, junto a Pablo Neruda, poeta y embajador momentáneo, el cargo de ministro consejero, el libro permaneció guardado bajo siete llaves hasta mediados de 1973, fecha en que tomé la decisión de publicarlo. La decisión implicaba en ese instante, cuando aún no se había producido el desenlace final del allendismo, el alejamiento definitivo de la "carrera", en cuyo paraguas protector y a la vez, para desengaño de incautos, tiránico, me había podido refugiarme durante 17 años.

Pasé entonces el texto a máquina, puesto que lo había escrito a mano, con rotuladores gruesos, en grandes cuadernos de dibujo, y suprimí páginas que me parecieron excesivamente personales, como ésas del "Paréntesis portugués", crónica íntima y melancólica de una noche pasada en una dictadura de derecha, después de haber vivido con breve intensidad la experiencia de la dictadura que se supone del proletariado. Suprimí, sobre todo, pasajes demasiado conflictivos en esos días de crisis chilena, o comprometedores para personas que continuaban viviendo en Cuba. Había, para colmo, alusiones al franquismo, ya que el buque escuela chileno había hecho escala en Barcelona después de zarpar de La Habana, situación que se prestó para comparaciones escabrosas, y el libro tenía que ser editado en la España de Franco.

En buenas cuentas, dentro de su rico historial de censura, el primer censor de este libro fui yo. Y lo fui en dos etapas, de dos maneras diferentes, ya que cuando estaba por publicarse, después de aquellos cortes prudentes que había hecho al pasarlo a máquina, las presiones de la más variada especie, las connotaciones terribles que adquiría el drama chileno, me obligaron a redactar explicaciones, notas, justificaciones, agregados que llegaron a ocultar, me parece ahora, el texto. El original, por ejemplo, entra de lleno, desde la primera línea, en una atmósfera de sospecha, de conjeturas, de angustia, que durante muchas páginas resulta inexplicable, y que nunca, a lo largo de la narración, se explica del todo. La atmósfera de secreto, el *misterium regni*, el antiguo y renovado arcano del poder, impedía e impedirá siempre una visión completa de estos casos. El mosaico se construye con lentitud, pero hay piezas que desaparecen para siempre. No puede ser de otra manera. Por eso es saludable entrar de inmediato en una zona de subjetividad pura. Pues bien, en el texto publicado inserté a última hora alrededor de 15 páginas iniciales puramente descriptivas, que no corresponden para nada al estilo del relato y que ahora he procedido a cortar sin el menor escrúpulo.

También he repuesto, sin escrúpulos mayores, el 95 por ciento de los párrafos suprimidos. Digo 95 por ciento porque todavía subsisten menciones en el original que podrían causar daño a personas vivas e inocentes.

En algunos detalles particularmente indiscretos, la autocensura ejerció su efecto paralizador incluso en las sesiones matinales de trabajo. Sólo quedó una huella en la memoria: el papel siguió en blanco. Mi última conversación con Lezama Lima para citar un buen ejemplo. Lezama me insistía

en que fuera a visitarlo a su casa de la calle de Trocadero, en un deseo que resultaría póstumo y que los compromisos del protocolo y de las despedidas me impidieron satisfacer. Es una de las omisiones de las que más me arrepiento. Pero nos encontramos una noche entre amigos, comiendo, bebiendo, fumando tabacos que adquirían para ellos, para esa alegre compañía, carácter mítológico. El Supremo ya había enarcado una ceja y esa etapa de regocijo desprevenido terminaría pronto, de un modo inapelable. Sólo mantenía, en esos días de mediados de marzo de 1971, la ilusión de su posibilidad. Lezama, Buda asmático, ocupaba un sillón ceremonial, y yo, recordando su intención de conversar conmigo, me senté al lado suyo en una silla baja. El se inclinó con esfuerzo, lanzando bocanadas de humo.

"Y usted, dijo, ¿se ha dado cuenta de lo que pasa aquí?"

"¡Sí, Lezama! ¡Me he dado cuenta!" Como sucedía siempre en esas reuniones, la comida, la bebida, los tabacos, habían sido conseguidos gracias a mis prerrogativas diplomáticas, detalle que el Poder calificaría como una provocación intolerable.

"Es de esperar que ustedes, en Chile, sean más prudentes", dijo el poeta.

"Es de esperar", dije.

Si suprimí los añadidos de última hora, mantuve, en cambio, como un todo separado del texto central, el "Epílogo parisino", escrito en Callafell y en Barcelona en octubre de 1973. Amigos de buena voluntad me han observado que el libro irritó a la mitad de la gente y el epílogo a la otra mitad. Puede que tengan razón, pero ocurre que el libro, con ese doble filo, también ha conquistado otros amigos. Me ha permitido vivir más aislado y a la vez en mejor compañía. Escogí esta condición a conciencia y no me quejo en

absoluto. No deseo volver a ningún redil.

Lanzo el libro así, entonces, como Dios lo echó al mundo y lo hago, por fin, con un suspiro de alivio, sintiéndome capaz, por primera vez, de olvidar "todo este desagradable asunto", como dijo en una carta Pepe Rodríguez Feo. Desde el instante de su primera publicación, en diciembre de 1973, su historia estuvo llena de enseñanzas, de paradojas, de revelaciones y decepciones. De Cuba recibí mensajes misteriosos y algunas señales, señales remotas, que había que descifrar. En Nueva Orleans, en una charla universitaria de fines del año 80, un cubano viejo se levantó al fondo de la sala y dijo que él había leído el libro en la fortaleza de El Príncipe, donde había estado preso durante 15 años. Había tenido que pagar diez pesos, equivalente, al menos en la teoría económica del fidelismo, a diez dólares, para adquirir el derecho de lectura clandestina. ¿Qué más podría pedir un autor, aun cuando no percibiera el diez por ciento de aquellos derechos singulares? En esta época de tirajes inflados y sostenidos con música de guarachas y propaganda televisiva, la obra estuvo a mitad de camino entre el "samizdat" y las publicaciones normales. ¿Fue un caso premonitorio, un anticipo de la mirada omnipresente del Hermano Mayor? Veo todavía a los jóvenes críticos de Madrid y de Barcelona rasgándose las vestiduras, sofocados de indignación." ¡La oportunidad estaba mal escogida! Había que "morir pollo", como decimos en Chile. Es decir, colocar la cabeza con docilidad para recibir el machetazo de la cocinera. Recomendando, a este respecto, las siguientes lec-

turas: *La gallina degollada*, de Horacio Quiroga; las memorias de Nadejda Mandelstam; el último discurso de Isaac Babel en la Unión de Escritores Soviéticos.

Aprendí en carne propia que la literatura, el periodismo literario, la edición, la cátedra, los cafés de la ribera izquierda del Sena y de las capitales de América Latina, son verdaderos nidos de censores, de soplones vocacionales, de hombres de cabezas cuadradas, que sólo saben intercambiar esquemas, ideas recibidas, naipes sobajeados y marcados. Esclavos de la consigna, como dijo antaño, con su lucidez habitual, Vicente Huidobro. Falta un trabajador voluntario que ponga el diccionario de Flaubert al día.

Las autoridades chilenas, desde luego, también estimaron que el momento de la publicación había sido inoportuno. Era cierto que Fidel Castro bajaba de su pedestal y quedaba en pantuflas, pero ¿por qué se me había ocurrido incrustar ese maldito epílogo? ¿Qué tenía que ver? ¿No habría sido escrito por encargo de los editores europeos, cómplices complacientes o miembros activos de la conspiración internacional contra Chile? Examinaron el caso con lupa midiendo los pros y los contras, y sólo autorizaron el libro cinco años más tarde, en los días de mi primera visita al país después de los "sucesos chilenos". En esos días, en una reunión social, un personaje creyó necesario advertirme que en Chile jamás se había ordenado quemar libros después del 11 de septiembre de 1973, a pesar de lo que yo, mal informado, consignaba en ese epílogo escrito desde fuera. Cuando hablaba de lo que había vivido en Cuba en carne propia, acertaba medio a

medio, pero cuando repetía historias sobre Chile que no había conocido de cerca, cometía un acto de flagrante injusticia y de lesa patria. En cuanto a las cacareadas quemadas de libros, lo que había ocurrido era que unos soldados, mientras practicaban un allanamiento en una calle céntrica, en una noche de intenso frío, habían cogido unas despapeladas ediciones de Moscú, de esas que se repartían en el país por toneladas, y en un minuto de distracción de sus jefes las habían tirado a una fogata donde se calentaban las manos. En esos precisos instantes había pasado un periodista de Nueva York, adherente entusiasta a la conspiración foránea, y había difundido la noticia por los télex del universo entero.

No era, desde luego, una versión oficial. Era la explicación de un simpatizante comedido, y sirvió para estimular las risas y las bromas de una sobremesa amable. ¡Todo era porque los soldados tenían frío! Quedó demostrado que los chilenos, en esos días de mi regreso al país a mediados de 1978, ya empezaban a recuperar el sentido del humor. Después, como se sabe, el humorismo nacional ha seguido un ritmo de aceleración vertiginosa.

Entrego el libro, entonces, en su versión original y definitiva, libre de los estragos de mi propia censura y de la ajena. Lo entrego dispuesto a observar cómo se acomoda con su destino, pero a observarlo, esta vez, desde la distancia, libre de temores y ansiedades, como si se tratara de la obra de otra persona, o del caso de otro que yo he tratado de narrar a mi particular manera. ◀

[VUELTA NÚM. 72, 1982]